

¡¡28 Enero 1906!

Dos años hace, que bajó al sepulcro el insigne historiador de la guerra de la Independencia, cuyo centenario se conmemora, y en su día, justo es dedicarle un recuerdo, mayor aun, al ser en un periódico vascongado, país oriundo del general D. José G. de Arteche, en el que escribió parte no pequeña de sus libros y aun alguno de ellos por entero.

La revista EUSKAL-ERRIA vió honradas sus columnas con la firma del insigne historiador, y la provincia de Guipúzcoa, es la deudora de inmensa gratitud, por algunas investigaciones del general, que de no haberlas llevado á concienzudo término pudieran dejar indeleble mancha en la historia de este solar; no lie de recordar aquí toda la labor inmensa que como historiador deja Arteche pero si he de reseñar sucintamente, la que á Guipúzcoa se refiere, omitiendo naturalmente, las que él pblizó en la Revista misma en que estas líneas se publican y que, seguramente, no habrán olvidado. los lectores de la EUSKAL-ERRIA.

Ensus «Nieblas de la historia patria», nieblas desgarradas por la luz vivísima, que de la pluma de Arteche brota, hay una, cuyos hechos se desarrollan en Guipúzcoa; tal es la Misión del Marqués de Iranda en 1795, enviado por Godoy á tratar una paz con Francia, paz, que real y efectivamente, se trataba y firmaba en Basilea; en esa Niebla interesantísima para Guipúzcoa, hay hechos curiosísimos, aún no estudiados bien, pero hechos que pudieron haber sido fatales para la provincia, y de esa obscuridad, de esa falta en que pudiera aparecer complicada, de esa, Arteche demuestra cumplidamente, como otros lo han

hecho (1), la completa inocencia de la provincia, arrastrada á correr aventuras, que pudieron ser de irreparables consecuencias.

Ocurridos estos sucesos en el reinado de Carlos IV, evidente, que quien, como Arteche, escribió su historia, no podía dejar de ocuparse de ellos y al hacerlo guía su pluma por el mismo móvil noble y generoso, que llevóle á incluir la Misión del Marqués de Iranda entre las Nieblas de la historia.

La obra monumental de Arteche, la que consagra su nombre, y lo hará perdurable mientras existan recuerdos de una patria, es cual todos saben, la historia militar de la guerra de la Independencia; aun cuando en menor escala, por su gran proximidad sí Francia, Guipúzcoa tuvo su parte en la lucha y en su territorio, no faltaron hechos gloriosos, como la victoria del navarro Mina, en las cumbres de Arlabán, y su marcha y embarque de los prisioneros en el Puerto de Motrico; ni hechos luctuosos, como la ocupación de San Sebastián y Tolosa, y desgraciados, como la voladura del polvorín del Castillo de San Antón, de Guetaria; tampoco faltaron guerrilleros como Gaspar de Jáuregui, (sí cuyo lado comenzó su vida militar Zumalacárregui, de cuyas ideas estaremos muy lejos, seguramente, pero de cuyo valer más penetrados tal vez, que sus más intransigentes partidarios) que realizaron hechos dignos de recuerdos, en los campos de Segura y los altos de Izarraitz, y de todos ocúpase Arteche, en términos que hemos de, ocuparnos, en esta misma Revista, conforme llegando vaya su centenario; aparte de esto y fuera de Guipúzcoa, no es posible olvidar la parte que vascongados tuvieron en aquel período: ¿quién ignora la gloria de Churruca, en Trafalgar; la de Aruzaga, en Alcañiz y la de Mendizabal, en Alba de Tormes? ¿Las campañas de Mina, por las Vascongadas? ¿La cruenta batalla de la llanada alavesa? Y tanto, tantísimos hechos reverdecidos por la pluma de Arteche, y que se desarrollaron en terreno vascongado ó se llevaron á cabo por hijos de esta tierra, en los campos salmantinos ó las llanuras manchegas, en los pantanos de Chiclana ó las crestas de Aracena, lo mismo en el sitio de Zaragoza, que en la pérdida de Tortosa, que en el desastre de Ocaña.

De la escrupulosidad de Arteche (y no saliéndonos de datos referentes á Guipúzcoa) da idea clara su artículo titulado «Memorias del general Dellard» en las que su autor con pura jactancia gascogna, afirmaba al

(1) «La separación de Guipúzcoa y la Paz de Basilea», por D. Fermín Lasala.

narrar el paso del Luith «entrepise sans exemple jusqu'alors» y Arteche hubo de demostrarle que dos siglos antes, Cristóbal de Mondragón y Otalora con 1.500 hombres, pasó los canales de Gholen y Duveland, en forma idéntica y peores condiciones, que las del vencedor de Hotze.

Esto así á la ligera, relatado lo que mis directamente de Guipúzcoa escribió Arteche, que además, como individuo de la Real Academia de la Historia, intervino en porción de asuntos referentes á este solar; pero no podemos, y bien á nuestro pesar, extendernos cual quisiéramos.

Muchos libros de los escritos por el general están planeados y aun escritos en Donostiya; tal sucede con «Un soldado español de veinte siglos»; en difíciles momentos de España escribió Arteche, y surgiendo fué en sumente al rumor de las olas cantabricas, en largos paseos, por los entonces casi eriales de Ategorrieta y el Antiguo, de aquellos diarios paseos salió para la imprenta, ese libro maravilloso, y salieron también trozos vividos de historia patria, que van muriendo como ya han muerto sus narradores, aquellos de quienes tan interesantísimas serían sus memorias íntimas y que, tal vez por ello, rehuyeron escribirla, convencidos, seguramente, de que la mejor de todas las historias, es la del olvido.

Cristiano ejemplar, cumplido caballero, leal á su rey, con lealtad no pregonada, pero probada firmísimamente sin alharacas, su carrera no hubo de llegar á la última nieta que alcanzan otros, ¡otros que no son Arteche! y de este asunto de no haber conseguido dichos altos empleos, el veterano historiador, difunto no he ocuparme; si de su lealtad y de ella nos da firme prueba, cierta reunión, celebrada en un centro oficial entre los 1868 y 1876; imposible el paso de fuerzas, que marchaban en auxilio de una importantísima plaza, tres veces invicta, hubo de pensarse en formar otro cuerpo de ejército y poner á su frente á un general de prestigio (que poco después moría en los montes de Navarra) éste, al formarse el plan de la nueva operación que se intentaba, exigió oír el parecer del general Arteche, (entonces retirado a instancia suya), hubo de llamarle y en aquella junta de esclarecidos militares, antes de comenzar el general á exponer su plan y disponerse á escuchar su critica, alzóse, serena y templada, la voz de Arteche, diciendo: «Señores: ante todo debo hacer constar mi adhesión á la reina Doña Isabel II y á su hijo el Príncipe de Asturias...»; no sabemos lo

que dentro de sí pensarán algunos de los allí asistentes, si sabemos que todos admiraron, la lealtad acendrada que encerraban aquellas palabras y el valor de la convicción, con que se pronunciaban.

Dos años han transcurrido desde la muerte del insigne historiador y su memoria no ha sido olvidada, que recuerdanla frecuentemente artículos y libros, al ocuparse, en estos días, de la guerra de la Independencia; entre sus amigos late un proyecto generoso, cuya primera idea supone la suerte de lanzar, á raíz de su muerte en una memorable sesión que á su memoria celebró la Real Sociedad Geográfica: ¡el de trasladar sus restos al lado del vencedor de Bailén y el defensor de Zaragoza!; ¡fuera una manera digna y grande de celebrar el centenario de hechos que Arteche, reivindicóante la humanidad y rescató del odio, de la ingratitud, cuando no de la perfidia de extranjeros historiadores.

En el aniversario de su muerte justo era dedicarle un recuerdo y á ello han ido encaminadas estas líneas, que se publican en la misma Revista que tantísimas veces honró el veterano general con su pluma fiel reflejo de sus condiciones de lealtad y caballerosidad, que reconocieronle siempre, incluso sus adversarios, pues al fin, hubo tenerlos, ¡triste sino de esta pobre humanidad!

ANGEL DE GOROSTIDI.

Moguer, Enero 1908.

